

Libros

16

VENTANAS DE PAPEL

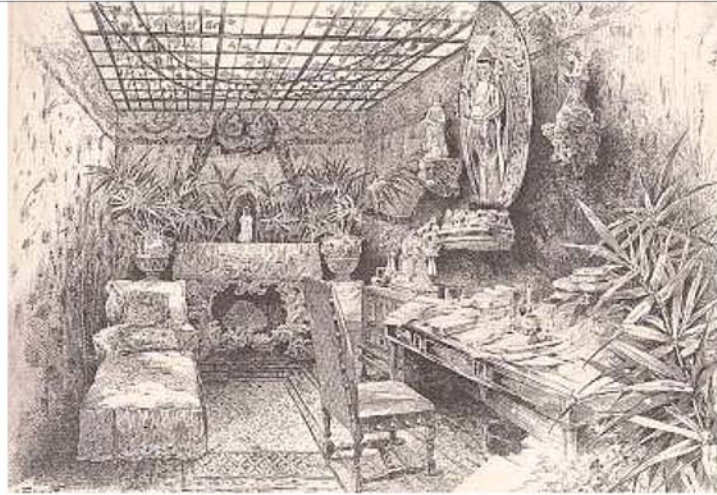
JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN
**FALSO
 APOCALIPSIS**

A bundan las teorías apocalípticas acerca de internet. Y no solo, ni especialmente, entre la gente común. En *El lectoespectador* (Seix Barral), de Vicente Luis Mora, «premiado como *bloguero*, como investigador y como ensayista», encontramos una *microdistopía* situada en un futuro cercano, el 2014. Un atentado terrorista destruye el superordenador de Google localizado junto al río Columbia; cientos de millones de personas en todo el mundo se quedan sin acceso al conocimiento: «Nadie quería aprender nada porque había desaparecido el índice, el diccionario, la referencia, el jerarquizador. Los escritores y periodistas no podían documentarse, y se negaban a escribir. Se perdió la confianza en las posibilidades del ser humano de conocer la realidad de las cosas, y los relativistas tomaron el poder».

Esa aterradora fabulilla, al contrario de lo que piensa su autor, «no es más verosímil de lo que parece», sino completamente inverosímil. Google es un buscador, y ni siquiera el único, no un archivo del conocimiento universal. Si se destruyen sus servidores, se destruye lo almacenado en ellos, no las páginas web dispersas por el mundo a las que permite acceder. Aunque desaparezca Google podemos seguir comprando libros por internet, consultando el diccionario de la Academia, los ficheros de la Biblioteca Nacional. Hace falta algo más que la destrucción de un buscador para que se pierda la confianza en las posibilidades de conocer la realidad y para que el deseo de aprender desaparezca del mundo. No conviene confundir la teoría con la generalización abusiva y sin demasiado fundamento.

Internet facilita las cosas. Ayuda en el trabajo, la diversión, la vida práctica. Es solo una herramienta, aunque a menudo parezca un inexplicable prodigio. No nos da nada que no hayamos puesto previamente en ella: las tonterías de unos, la inteligencia y el arte de otros.

Con internet o sin internet el sentido común sigue siendo el menos común de los sentidos. Y el más imprescindible.



EL MINUÉ DE MAUPASSANT

TRAS LA PARTIDA DE CAZA

GUY DE MAUPASSANT

Traducción de
 Carlos Ezquerro
 Erasmus Ediciones
 Barcelona, 2012
 167 páginas, 19 euros

★★★★



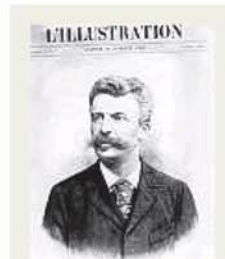
Se ha escrito mucho sobre Maupassant. Se ha dicho que junto a Zola, Balzac y Flaubert es uno de los cuatro mosqueteros de las letras francesas. Para mí es D'Artagnan, el mejor.

Le aplaudo por su humor socarrón, siempre fino, como el barniz con que su pluma tiñe todo lo que relata. Y le aplaudo de igual modo por su humildad por principio, como talante y como meta: una humildad que se ríe por lo bajito de cualquier acto de prepotencia u ostentación, una humildad propia no solo de las formas breves que escogió, sino de sus motivos de inspiración –cotidianos, aparentemente anodinos– y, sobre todo, de esa discreción y generosidad con que este autor sabe desaparecer tras sus historias. Pero, por mucho que Maupassant quiera disolverse en su obra,

ese genio suyo, vigoroso y delicado a un tiempo, reaparece una y otra vez en un detalle de observación, en un diálogo exacto –como si acabara de escucharlo–, en una sucesión de escenas vivísimas, trabadas siempre con armonía.

Bajo el foco

Como quien hace lo más natural y sencillo del mundo, Maupassant cuenta historias claras, elocuentes, memorables. Se trata siempre de emociones conservadas tras una rápida impresión, que parece actual, de viva como está. Su fuerza no está en el estilo, sino en los hechos. Al término de la lectura de cualquiera de estos cuentos, se queda uno pensando en lo que su autor ha relatado y en lo que revela de la condición humana. Y se comprende que aquello a lo que se apunta es mucho, y que es dolorosamente certero. Maupassant conocía al



TRAS EL DISFRAZ
 Maupassant (sobre estas líneas) tuvo varios seudónimos: Joseph Prunier, Guy de Valmont y Maufrigneuse. Arriba, su estudio de París en un dibujo de la época

ser humano, y este es de los mejores elogios que puede tributarse a un autor. Y a su manera, algo melancólica, le amaba, como revela la benevolencia de su mirada, capaz de rescatar la belleza de este mundo, empañada con tantas miserias. Una mirada aparentemente ingenua, pero en el fondo sagaz. En todos estos relatos late una aceptación de la vida tal cual es, con sus contradicciones y ambigüedades, sus asperezas, y con esos rincones olvidados que el narrador –porque esa es su misión– pone bajo el foco de un reflector. Maupassant es, además, un autor con el que los escritores que empiezan pueden aprender el oficio. No deslumbra, sino que alumbra, que es lo que yo busco cuando abro un libro. Hace que lo difícil parezca fácil. Arranca magia de cualquier situación.

Una cama abandonada

Tras la partida de caza es un libro para conservar y para, periódicamente, abrirlo por el sumario, leer los títulos de los cuentos y evocar lo que nos contaron. Si *Bola de sebo*, que tanto gustó a Zola, supuso un exordio rotundo, y si en *Bel Ami* alcanza su más granada madurez narrativa, en estos cuentos da lo mejor de sí.

Aconsejo de modo particular «El cerdo de Morin» –divertidísimo y cruel–; «La loca» –con la imagen poética de una cama abandonada en pleno bosque invernal–; «Broma normanda» –el relato de una terrible noche de bodas–; «La reparadora de sillas» –una historia de amor desesperada, de las más emocionantes que haya leído nunca–; «El testamento» –la venganza de una madre vejada que cede todos sus bienes al amante... ¡Basta! Debo interrumpir este listado, puesto que en realidad recomendaría la lectura del volumen entero.

En «Minué», tras relatar cómo bailan dos ancianos, marido y mujer, entre arrumacos infantiles y cómicos saltitos, el narrador concluye: «Quizá a ustedes todo esto les haya parecido algo ridículo». Pero no, a mí no me ha parecido ridículo, sino tierno y aleccionador, necesario. Y creo que estas son las cosas que hay que contar, ayer y hoy. Y entiendo, al fin, que para toda generación tener al menos un narrador como Maupassant es una bendición.

PABLO D'ORS